

fuera, pues habían entrado por las puertas, por las ventanas y hasta por las chimeneas. En el borde de las maderas se arrastraban, caían, volaban, trepaban por las blancas paredes formando gigantescas sombras que aumentaban su fealdad y sostenían siempre su repugnante olor.

En la comida tuvimos que privarnos de agua, pues los aljibes, los pozos, los estanques, todo estaba infestado.

Por la noche, en mi habitación, en la que se mataron muchísimas, las oí aún bullir debajo de los muebles, y tampoco me dejaron dormir. Además, todos los habitantes de la granja velaban también, y las llamas corrían vertiginosamente al ras del suelo,

pues los soldados continuaban matando.

Al día siguiente, cuando abrí mi ventana como la víspera, la langosta había desaparecido; pero ¡cuánta ruina había dejado en pos de sí!

No quedaba ni una flor, ni una hierba; todo estaba negro, roído, quemado. Los bananos, los albaricoques, los melocotones, los naranjos no se conocían más que por la madera, pues no quedaba en ellos ni una hoja.

Se limpiaban los pozos y los aljibes, y por todas partes los labradores revolvían la tierra para destruir los huevos dejados por los insectos, y daba lástima ver los millares de raíces llenas de savia que aparecían al remover aquel suelo tan fértil.



LA MARCHA FURTIVA

A PENAS hacía ocho días que el pequeño Jack, separado de pronto de su madre, estaba en el colegio; pero creía él que habían pasado lo menos tres siglos desde entonces, y no se podía acostumbrar á aquella separación.

Verdad es que de los mimos, halagos y caricias de unos padres complacientes y de posición desahogada, á la vida seria, metódica y reglamentada de los colegios, hay una distancia tan enorme, que á los pobres chicos se les hace muy penosa la transición.

Algunos caen enfermos, y de muchos se apodera con tal fuerza la idea de la fuga, que no obstante el temor al castigo, la realizan en la primera ocasión que se les presenta.

Así sucedió con el niño cuya aventura vamos á reseñar.

Una tarde, estando de paseo con sus compañeros, la casualidad hizo que se detuviesen á la entrada del Bosque de Boulogne, cerca del hotel habitado por sus padres, y no pudiendo resistir á la tentación, se escapó.

—No haré más que dar un beso á mamá, se decía, para tener valor, y me volveré en seguida.

Pero, con grande extrañeza, vió que

el hotel estaba cerrado, y que en la puerta había un cartel que decía: *Se alquila*, y Jack se quedó allí parado, triste y acongojado.

—La señora de Argenton está en el campo, dijo una voz á su lado.

Era el cartero, que pasaba repartiendo las cartas.

—¡En el campo! ¿En dónde, señor cartero? preguntó el niño.

—En Etiolles.

Jack olvidó el colegio y lo olvidó todo.

—Mamá se ha ido. ¿Por qué? Quiérole verla; iré á Etiolles.

Y en vez de volver á buscar á sus compañeros, se marchó por una calle que no conocía, y envalentonado por la excitación que se había apoderado de él, se encaró con el primer hombre que vió en el umbral de una tienda, y quitándose la gorra le preguntó:

—¿Dista mucho de aquí Etiolles, señor?

—¿Etiolles? No está muy cerca, no; se halla hacia Bercy, un poco más allá de Villeneuve-Saint-Georges. Esas pierrecitas no podrán llevaros tan lejos, pero en ferrocarril llegaríais en un momento.

—Gracias, señor, mil gracias, dijo el niño.

Y se alejó apresuradamente, temiendo otras preguntas.

.....

¡Bercy!

Recordaba haber ido á Etiolles no hacía mucho tiempo, y el camino no era difícil de encontrar, pues no había más que llegar al Sena y seguirle remontándolo siempre. Estaba lejos, sí, muy lejos; no tenía dinero para tomar el tren; pero el deseo de ver á su madre le daba ánimo.

Sin embargo, no se sentía muy tranquilo, pues á cada instante la mirada inquisitorial de los guardias de seguridad le aterrizzaba, y entre los mil diversos gritos que llenan las calles de París le parecía oír: «Detenedle, detenedle.» Para poner término á tales alucinaciones, bajó á la orilla y se puso á correr cuanto pudo por el trozo de empedrado que se halla al borde mismo de las aguas.

El día tocaba á su fin, y el río, algo crecido por las abundantes lluvias, invadía parte del ribazo, haciendo que el agua chocase con los arcos del puente, en los que relucían gruesas anillas de hierro. Las mujeres salían de los lavaderos con grandes líos de ropa. Los pescadores de caña subían al muelle con sus cestitas llenas de peces, mientras que los que sacan arena del río esperaban al lado de una caseta el importe de su jornal; toda la población, en fin, de las orillas del río, marineros, descargadores con sus espaldas encorvadas y sus capuchones, circulaban por ellas, y á veces, alguno de esos hombres se volvía para mirar á nuestro colegial, que, corriendo á más no poder, parecía más pequeño de lo que era en el grandioso paisaje de las orillas del caudaloso Sena.

A cada paso, el ribazo mudaba de aspecto; aquí se veía negro, y largas tablas flexibles lo unían con los barcos cargados de carbón; allá se pisaban mondaduras de frutas, y en numerosas barcas sujetas se veían montones de manzanas, que conservaban sus hermosos colores y despedían un olor muy grato.

En realidad, el que por primera vez ze acerca al sitio indicado, siente una

impresión igual á la que produce un puerto de mar, pues había allí toda clase de mercancías, barcos de vapor con sus chimeneas sin humo, y todo oliendo á brea, á hulla, indicando, en una palabra, una exuberante vida comercial. Después, grupos de árboles bañaban en el río sus viejas raíces, y parecía que París estaba á veinte leguas de distancia.

.....
Sin que el niño lo notara, el camino que servía para sirgar subía sensiblemente, ensanchándose también, y de pronto se halló en un espacioso muelle de igual altura que el ribazo, del que le separaba una fila de guardacantones.

Allí, alumbrados por el gas, se dejaban ver los camiones entrando en los grandes portales de los depósitos, en los que se veían amontonados millares de toneles, desprendiéndose de éstos un fuerte olor á vino que se mezclaba con el de la madera enmohecida.

El niño se hallaba en Bercy, y la noche había cerrado; mas Jack no lo notó al pronto, pues el ruido del muelle y el reflejo de las luces en el agua le hacían creer que aún era temprano, y luego, su imaginación, sobrecitada por lo apresurado de su marcha, estaba dominada por el temor de encontrar las puertas cerradas; además, se creía que todo el mundo estaba enterado de su escapatoria, y ese pensamiento le preocupaba mucho.

Peró una vez fuera de puertas, y sin que nadie se hubiera fijado en su uniforme de colegial, cuando dejando el Sena á su derecha, entró en una larga calle en la que los faroles eran más raros cada vez, la oscuridad y el frío de la noche penetraron hasta su corazón, haciéndole estremecer.

En el tiempo que permaneció en la ciudad, tuvo miedo de que le conocieran y de que le llevarsen otra vez al colegio; ahora también lo temía; pero era de otra naturaleza, y acrecentado por el silencio y la soledad.

Y, sin embargo, el sitio en que se encontraba no era el campo, pues había casas en ambos lados formando calle,

y según se acercaba, los edificios estaban separados por largas empalizadas, por vastos talleres de canteros ó depósitos de materiales, y encontrándose también algunas fábricas con sus grandes chimeneas dibujándose en la oscuridad del cielo, y después, entre dos malas casuchas, aparecía como perdido entre un grupo de árboles, un edificio inmenso de seis pisos de altura, lleno de ventanas por un lado y sombrío y cerrado por los demás.

.....
Aun cuando eran apenas las ocho de la noche, aquel largo camino que se extendía á lo lejos en las tinieblas, estaba silencioso y casi desierto, pues los pocos transeuntes andaban sin el menor ruido sobre un suelo encharcado por las lluvias. Se tropezaba, sin verlas, con sombras que se deslizaban á lo largo de los vallados, yéndose á misteriosos trabajos, y para que el silencio que reinaba allí amedrentara todavía más al pobre niño, de vez en cuando los perros de las fábricas ladraban lúgubrementes.

Cada paso que daba Jack, en extremo conmovido, le alejaba, como es natural, del movimiento y del ruido de París, pareciéndole más aterrador el silencio de la noche.

En aquel momento llegó á la última casucha, en la que había una misera taberna alumbrada todavía y cuya luz formaba, á través del camino, una línea luminosa que parecía al niño el límite del mundo habitado.

Después de esto, no existía sino la oscuridad y lo desconocido, y Jack titubeó mucho tiempo antes de proseguir su marcha.

—Entraré allí para que me indiquen el camino que debo seguir, se dijo mirando el tabernucho.

Desgraciadamente no tenía dinero. El tabernero roncaba detrás del mostrador, y dos hombres de mala catadura sentados ante una mesilla coja, bebían y hablaban en voz baja. Al ruido que hizo el niño empujando la puerta entreabierta, levantaron la cabeza y miraron.

—¿Qué es lo que quiere este comienzo de hombre? dijo una voz avinada.

Y uno de ellos se levantó; pero Jack, asustado, salvó de un salto la raya luminosa, oyendo detrás de sí unos cuantos juramentos y el ruido de la puerta que volvieron á cerrar. El muchacho echó á correr cuanto pudo, y no hubo de detenerse sino mucho tiempo después. A derecha é izquierda se extendía el campo, que parecía por todos lados tocar la línea del horizonte.

Algunas casas de hortelanos, bajas, nuevas, y de alegre aspecto, rompían de trecho en trecho la monotonía de la perspectiva. Detrás de nuestro viajero se divisaba aún París por el reflejo de los millares de luces que le envolvían cual un círculo de fuego.

El niño se detuvo un momento, inmóvil, aterrado.

Era la primera vez que se encontraba fuera tan tarde y solo; además no había comido ni bebido nada desde por la mañana, y tenía sed, una sed abrasadora, empezando á comprender entonces á qué terrible aventura se había lanzado, y á cuántos peligros se había expuesto, peligros que podían aumentar en el caso de haber equivocado de camino, no siendo aquél el de Etiolles, y aun admitiendo que lo fuera, ¿tendría la suficiente fuerza para llegar hasta el fin?

Ocurriósele entonces la idea de echarse en una de las zanjas abiertas á uno y otro lado de la carretera y dormir en ella hasta el amanecer; pero, ya en el borde, y estando á punto de bajarse, oyó delante de él un largo suspiro. Un hombre se hallaba acostado allí, apoyando su cabeza sobre un montón de piedras, formando una masa oscura y confusa que contrastaba con la blancura de los guijarros.

Jack se detuvo petrificado; sus piernas temblaban y no podía dar un paso atrás ni adelante.

.....

De repente vió en el camino una luz y escuchó unas voces que le sacaron de su estupor. Era un oficial de ejército que volvía á su fuerte apresuradamente, á uno de esos fortines de las afueras de París; á su lado marchaba un ordenanza que había ido á su en-

cuentro con un farol, á causa de la densa oscuridad que reinaba.

—Buenas noches, señores, dijo Jack con voz dulce y conmovida.

El soldado que llevaba la linterna la levantó en dirección de aquella voz.

—Mala hora es para viajar, muchacho, dijo el oficial. ¿Vas muy lejos?

—¡Oh, no, señor, no voy lejos! Voy aquí cerca, respondió Jack, que no quería enterarles de su escapatoria.

—Pues bien, podemos marchar juntos algún tiempo. Voy á Charenton.

¡Qué felicidad para aquel pobre niño el poder andar durante una hora, en compañía de dos bizarros soldados, y con la luz del farol que rechazaba las tinieblas en torno suyo, si bien las hacía, á cierta distancia, más espesas y más espantosas! Esta circunstancia, le ofreció además la ventaja de saber que el camino que llevaba era el que le convenía, pues los nombres de los sitios que pronunciaban sus acompañantes éranle conocidos.

—Ya hemos llegado nosotros, dijo de repente el oficial parándose. Vaya, buenas noches, hijo mío. Pero te aconsejo que otra vez no camines así solo por estos sitios. Los alrededores de París no están muy seguros.

Y ambos militares, con su farol, entraron en una callejuela, dejando otra vez en aterradora soledad al pobre Jack, á la entrada de la larga calle que atraviesa Charenton.

Allí, como en Bercy, había faroles y tabernas, en las que se oían cantos, y disputas brutales, producidos por la embriaguez.

Las nueve dieron en el reloj de una iglesia, detrás de la que se agrupaban casas y jardines.

Siguiendo su marcha, se encontró al borde de un muelle, y atravesó un puente que, por efecto de la oscuridad, le parecía edificado sobre un abismo. Hubiera querido detenerse un momento, apoyarse en el parapeto para descansar; pero las voces y canciones que escuchara en las tabernas oíanse ya por las calles, y pareciéndole que los alborotadores se acercaban, el pequeñuelo se sintió impelido por un nuevo terror, y echó á

correr con todas sus fuerzas hasta encontrarse otra vez en campo raso, en donde, seguramente, el miedo le atormentaba menos.

Allí no era como en los alrededores de París, en que se encuentran fábricas, hoteles y quintas de recreo que producen siempre agitación y vida.

Las casas que se veían eran alquerías, con sus establos, de los que salían vapores cálidos que olían á lana y á estiércol, después el camino se ensanchaba, y empezaban de nuevo las zanjas, los montones de piedras simétricamente alineados y los guardacantones que marcan las distancias á los fatigados pasos de los viajeros.

El silencio que reina por allí, la falta de movimiento que nota, le hacen el efecto de un profundo sueño que lo domina todo, y teme oír otra vez á su lado el ronquido que tanto le asustó antes de encontrar á los militares. El ruido de sus pasos le turba á veces, creyendo que le siguen, y se vuelve con viveza. A lo lejos oye el rechinar de unas ruedas y el sonido de unos cascabeles, y se dice: «Espéremos;» pero nada, no llega ese carro invisible, cuyo rodaje debe ser muy pesado, puesto que no le ve acercarse.

Jack prosigue su marcha. ¿Quién será aquel hombre que le espera allá de pie en un recodo de la carretera? ¡Ay, Dios mío! Uno, dos, tres... Son árboles, álamos que mueven todas sus hojas sin doblar sus ramas; olmos, esos viejos olmos de Francia, de caprichosos troncos, inmensos, muy frondosos que extienden sus ramajes hasta en medio del camino. El pobre Jack marcha sobrecitado á través de ese gran misterio de las noches de primavera, durante las que se cree oír abrirse los capullos y hendirse la tierra para que nazcan las plantas.

Todos esos ruidos confusos le asustan...

— Si cantara, me sentiría con más valor.

Y en medio de las tinieblas se acuerda de una canción, con la que su madre le dormía cuando era pequeñito:

Mis zapatos son encarnados,
Amiguita mía.



—¡Pobrecillo! déjale que suba.